

El campesinado salvadoreño

Segundo MONTES

1. INTRODUCCIÓN

Referirse al campesinado salvadoreño es casi lo mismo que referirse a la realidad social de El Salvador. La vida económica, social y política del país ha estado, y está, centrada en el campo. No se han descubierto riquezas minerales importantes ni petróleo, e incluso la riqueza marina está casi por explotar. Desde el descubrimiento y conquista, hasta el presente, el campo ha sido el objeto de apetencia —cacao y bálsamo, primero; añil, después, y café, algodón y caña de azúcar, recientemente—, así como de las luchas sociales y políticas por controlar el dominio de la tierra.

Si bien es cierto que se va reduciendo la participación del sector agropecuario en el producto territorial bruto, todavía en el último Censo representaba el 27,1 por 100, frente al 19,2 del sector industria, el 21,7 del comercio y el 32,0 de «otros», lo que indica la dependencia de la economía nacional respecto al sector agropecuario. Sin embargo, todavía en la misma fecha (1971), de las exportaciones totales del país, el 67 por 100 correspondía a las de «bienes tradicionales» (café, algodón y azúcar), de los que, a su vez, el 71 por 100 estaba conformado por el café (Montes, 1979 a: 19 y 41).

Enfocado desde otro punto de vista, la mayoría de la población salvadoreña todavía es «campesina»; y no entiendo por este concepto lo que Kaustky define como «economía campesina», ni pretendo polemizar a nivel teórico —que ya lo hice en un estudio más completo (Montes, 1980: 14-30)—, sino que al referirme a «campesino» quiero indicar al que vive en y de el campo. Pues bien, si relacionamos la PEA agropecuaria con la PEA total, y de acuerdo a los datos censales

de 1961, la mano de obra campesina se elevaría a más del 57 por 100 de la total, aunque para 1971 habría descendido por debajo del 52 por 100 (aunque es posible que no se utilicen los mismos criterios para determinar la PEA en el agro y en la zona urbana, donde la mujer tiene más puestos de trabajo) (datos elaborados en base a los cuadros ofrecidos por Montes, 1979 a: 58, y Montes, 1980: 120-138). Pero si analizamos otra categoría del último Censo, la de la población rural, los datos que ofrece son de más del 60 por 100 de la población del país comprendida en esta categoría; sin embargo, por «rural» entiende los habitantes de poblaciones inferiores a los municipios, y dado que en la mayoría de los municipios rurales, e incluso en poblaciones mayores, muchos de sus habitantes viven en y de el trabajo en el campo, se puede sostener que un porcentaje aún mayor (tal vez cercano al 80 por 100) entraría dentro de la categoría de campesino (Montes, 1979 a: 43-51; idem, 1980: 149-150).

De todos modos, y al margen de cualquier polémica estadística, parece incuestionable que el campo es el sector más relevante para la economía y para la población de El Salvador. De ahí que lo relacionado con el campo tenga repercusiones de trascendencia nacional.

No voy a presentar en este artículo un resumen de las investigaciones que he realizado en el campesinado salvadoreño (Montes, 1979; 1979 a; 1980), pero es lógico que me fundamente en ellas. Tampoco puedo desarrollar aquí el tema con la profundidad que amerita, dadas las limitaciones de un trabajo de esta índole, y el lector que lo desee puede acudir a los estudios referidos.

2. EL CAMPESINO SIEMPRE MARGINADO

Ya he indicado que la casi exclusiva riqueza de El Salvador es la agropecuaria. Los españoles, tras la conquista de esas tierras, encontraron dos productos apetecibles: el cacao y el bálsamo, cuyo cultivo confiaron a los indígenas, pero se reservaron la comercialización del producto obtenido por tributos e impuestos, o por la compra a precios impuestos. Al mismo tiempo introdujeron ganado y mantuvieron la producción de alimentos indispensables tanto para la población indígena, como española y mestiza. El régimen de encomienda y de repartimiento facilitó la acumulación de excedentes en los españoles, a base del trabajo forzado y mal remunerado o gratuito de los indígenas (Montes, 1979: 79-138).

Pronto se descubrió una planta originaria de la zona, de aplicación comercial e industrial: el xiquilite, del que se extraía el añil que serviría de colorante en la emergente industria textil europea. La lucha por la tierra se entabló de inmediato, dedicando las mejores tierras

(las de la meseta central) al cultivo de la planta, mientras los indígenas tenían que ceder esas tierras, de grado o por fuerza, asignándoseles tierras comunales en terrenos marginales. Los conflictos sociales afloraron inmediatamente y se multiplicaron los pleitos de tierras (Cassín, 1972). El indígena, y en general el campesino, tuvieron que contentarse con las tierras comunales de peor calidad y con los magros salarios obtenidos en las plantaciones, cuando éstos se convertían en algo real.

A mediados del siglo pasado, ya independizado políticamente el país, pero tan dependiente como antes en el plano económico de las potencias de turno, se intentó diversificar la economía, y se introdujo el café. El nuevo cultivo se daba mejor en las tierras altas, que eran las únicas «libres» de la producción del xiquilite, pero que pertenecían a las comunidades indígenas y a las nuevas poblaciones asentadas. Por otro lado, requería gran cantidad de mano de obra, tanto para la plantación como para el cuidado y, sobre todo, para la recolección del grano. La solución se encontró en la llamada «Reforma Agraria Liberal» de 1881-2, por la que se extinguían las tierras comunales y los ejidos, y sólo se reconocía la propiedad privada. El resultado fue, por un lado, la pérdida de las tierras a mano de las personas y grupos dominantes, y por otro, la proletarianización campesina que facilitaría la mano de obra indispensable y escasa: el campesino, despojado de la tierra y de los medios propios de subsistencia, tendría que buscarla en las plantaciones; pero, por si lo anterior no bastase, se decretó una «ley contra la vagancia» (vagos eran los que no tenían tierra ni un contrato de trabajo), y se creó la Policía Rural, que perseguiría a los «vagos» y los obligaría a trabajar en las plantaciones que lo requirieran, y a los precios salariales que imponían los propietarios, que pagaban con vales redimibles por mercancías en las «tiendas de raya» de la hacienda, o descontaban los salarios de las «habilitaciones» (préstamos) hechas a los trabajadores (Montes, 1979).

La rentabilidad simultánea del añil y del café forzó a que las tierras cultivables fueran absorbidas por ambos productos, ya en forma de explotación capitalista. El campesino se veía forzado a trabajar en las plantaciones, o emigrar a la única frontera agrícola existente: la llanura costera, en la que había algo de ganadería extensiva de engorde, en forma casi salvaje; pero la costa estaba infestada de enfermedades tropicales entonces todavía incurables, lo que limitaba las posibilidades de colonización y explotación. El colapso del añil en el mercado internacional, tras el descubrimiento de los colorantes sintéticos, hizo que, por un lado, el producto alternativo de la economía salvadoreña se convirtiera en el único y, por otro lado, se creara una válvula de escape a las tensiones sociales del campesinado, pues las antiguas tierras añileras estaban abiertas no sólo a la ganadería exten-

siva, sino también al campesinado que las trabajaba en formas feudales (colonato, censo, terraje, etc.) mediante el pago de cánones en especie o en trabajo gratuito, y algunas veces en dinero (Montes, 1980, 38 y ss.). Esta parece ser una de las posibles explicaciones de que en 1932 el levantamiento campesino prosperara en la zona cafetalera, de características de mano de obra campesina proletarizada, que por la depresión mundial se quedó sin trabajo y sin medios de subsistencia, mientras que en las zonas actualmente más conflictivas no hubo ni concientización ni alzamiento, pues ese campesinado disponía de esos medios precarios de trabajo y subsistencia.

Tras la segunda guerra mundial y los subsiguientes descubrimientos tecnológicos, principalmente el de los insecticidas, la llanura costera va a ser colonizada para la explotación del algodón en forma tecnificada y capitalista, y la escasa población campesina que la habitaba es rechazada de la zona, pierde sus medios precarios de subsistencia y no encuentra otra alternativa que la de vender su fuerza de trabajo en las plantaciones algodoneras cuando éstas le requieren (*Ibidem*).

El triunfo de la revolución cubana y el posterior bloqueo a la isla, cierra el mercado norteamericano al azúcar cubano, y se distribuye la cuota de importación entre diversos países; a El Salvador le corresponde una parte. Las fértiles llanuras de la meseta central, y algunas del litoral, que fueron las tierras productoras del xiquilite, y que tras su caída en el mercado se dedicaron a pastos y cultivos de granos básicos, se destinan a la caña, en forma de explotación técnica y capitalista, lo que trae consigo la expulsión de los campesinos a los cerros pedregosos y estériles y la proletarización casi total en el campo (*Ibidem*). Por último, el conflicto con Honduras en 1969 produjo la repatriación de casi 100.000 salvadoreños, en su mayoría campesinos, que vino a agravar la situación rural. Los repetidos «intentos» de realizar algún tipo de reforma agraria que paliara un poco la tensión en el agro, encontraron la oposición cerrada de los terratenientes y de sus clases aliadas, y no es sino hasta 1980 cuando se aplica una reforma que viene con retraso y con dimensiones que no pueden ya resolver de esa forma el conflicto y las condiciones desesperadas de la población rural (Montes, 1980: 185-219, 267-316).

Todo este proceso ha ido conduciendo a la «descampesinización» (en el sentido estricto, utilizado por Kautsky) y a la depauperación progresiva del campesinado, como se aprecia en unos pocos datos que voy a presentar (Cfr. Montes, 1980: 84-153).

Las familias campesinas que no tenían tierras, en 1961 representaban el 19,8 por 100 del total del sector, pero en 1971 ya eran el 31,8 y en 1975 el 41,1 por 100; estas familias tenían un ingreso mensual promedio, y por familia, de menos de 20 dólares USA. Los propietarios de microfincas (0-1 hectáreas), bajaron de un 37,8 a un 27,8 por

100 en el mismo período, con un ingreso mensual promedio de menos de 25 dólares USA. Los que tenían propiedades subfamiliares (1-10 hectáreas) también disminuyeron de 35,4 a 26,6 por 100 en el período, con ingresos mensuales de menos de 34 dólares USA. Mientras tanto, los «colonos» (modo de producción «feudal»), que en 1961 todavía tenían 55.769 parcelas, con una superficie total de 44.076 hectáreas, en 1971 estaban reducidos a 17.018 parcelas con 10.290 hectáreas de cultivo en conjunto. La concentración de la tierra es tal que, de acuerdo al último Censo (1871), los propietarios de 0-10 hectáreas tienen el 84 por 100 de las propiedades, pero sólo el 17,8 por 100 de la tierra cultivable, mientras que las explotaciones de más de 100 hectáreas representan apenas el 1,55 por 100 de los propietarios, pero poseen el 43,4 por 100 de la tierra cultivable (y las propiedades mayores de 1.000 hectáreas son el 0,5 por 100 pero concentran el 9,5 por 100 de la tierra).

Ya hemos visto que el número de campesinos sin tierras ha ido creciendo en números absolutos y relativos. Pero tampoco las plantaciones capitalistas ofrecen trabajo a toda esa población rural —gran parte de ella sin tierra, y un porcentaje elevadísimo propietarios en minifundios que no proporcionan medios suficientes de subsistencia a la familia, y que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo el menos estacionalmente—. En efecto, únicamente durante dos meses hay trabajo en el campo para toda la mano de obra disponible, en los meses de las cosechas de los tres productos principales; y trabajo permanente durante todo el año sólo lo hay para el 37,1 por 100 de la mano de obra rural. Por otro lado, el proceso inflacionario del país ha hecho que, a pesar de los incrementos salariales, ateniéndonos a los «precios constantes», el poder adquisitivo del salario en el campo, que en 1967 era de 3,57 colones (1,4 dólares USA), en 1978 se haya reducido a 2,70 colones (1,08 dólares USA); y comparado con los salarios del sector industrial y comercial, ha bajado de una relación de 0,7 a 0,54 para el primero, y de 0,64 a 0,52 para el segundo, en el mismo período y en las mismas condiciones.

Todo este conjunto de condiciones van agudizando la situación infrahumana en el campo, que tiene que forzar la búsqueda de alguna solución. Hay que hacer notar que hasta el presente no se ha permitido la sindicalización campesina, a pesar de que la Constitución política del país la autoriza. Ya hemos visto los niveles de salarios y de ingresos en el campo. Para no recargar de cifras, baste indicar que todavía el 59 por 100 de su población es oficialmente analfabeta, y que el 83 por 100 de las viviendas tienen el piso de tierra —por supuesto, sin agua corriente, electricidad ni eliminación de excretas—.

La realidad socioeconómica del campesino, como se deduce por los datos presentados, no puede ser más deprimente y miserable. Sin

embargo, en la percepción de esa realidad intervienen no sólo factores materiales y objetivos, sino que también otros de índole ideológica, ya sean tradicionales y fatalistas, ya religiosos y sociales, e incluso psicológicos.

3. UN AGRAVANTE IDEOLÓGICO-SOCIAL: EL COMPADRAZGO

En Europa el «compadrazgo» es una relación social prácticamente extinguida, y las relaciones de padrino-ahijado están ceñidas estrictamente a lo ritual o a lo tradicional y convencional. La excepción, tal vez, pudiera ser la del sur de Italia, y entre la «mafia», donde la figura del «padrino» parece conservar todavía nexos sociales importantes.

Sin embargo, en América Latina —y en Filipinas— el compadrazgo no sólo se mantiene vigente, sino que constituye una de las relaciones sociales más relevantes. Esta relación tiene una dimensión dual, a su interior: entre los padrinos y el ahijado de bautismo, por un lado, y entre los padrinos y los padres del bautizado (compadres), por el otro. El carácter de esa relación la definen los interesados como de «respeto», palabra que encierra un amplio significado: religioso, social, familiaridad y distancia a un tiempo, intercambio de regalos, apoyo y protección mutua, etc. Es decir, se convierte en un mecanismo social de ampliación de las relaciones familiares a un círculo mayor, no sólo en el orden social, sino también económico y político. De hecho, los compadres y ahijados se prestan ayuda y apoyo económico, y la concentración del compadrazgo es también concentración de poder político: los caciques del lugar son padrinos y compadres de la mayoría, y a su vez los padrinos numerosos se convierten de hecho en caciques (Montes, 1979).

Visto desde otro ángulo, y analizando la estructura social, el compadrazgo es una relación vertical entre las distintas clases sociales. Los padrinos se buscan en una clase superior, lo que ofrece una alianza y una seguridad, al mismo tiempo que prestigio social; pero también esa relación reporta grandes beneficios al padrino, que asegura la fidelidad de los miembros de la clase inferior. Históricamente el origen se remonta a los inicios del período colonial, en el que los encomenderos se constituían en padrinos de los indígenas, y luego los herederos y sucesores de aquéllos, los dueños de la tierra, seguían siendo los padrinos de los habitantes y trabajadores de su hacienda (*Ibidem*).

Esta relación del compadrazgo va a cambiar el contenido de las relaciones sociales entre las clases, y va a introducir un mecanismo ideológico de dominación y sometimiento, basado en una raíz muy profunda, la religión:

«(para el encomendero) sus hijos ya no son tanto, ni tan solo, sus súbditos, sino sus ahijados, por los que tendrá que velar en forma especial, atenderlos, preocuparse de ellos, y cuidarlos. Entrará a funcionar una relación de tipo afectivo, por la que se vincula a esas personas en una forma paternalista y de cierta superioridad, como un padre con sus hijos pequeños, a los que debe cuidar, reprender, educar, corregir, regalar, etc., pero sin permitirles una auténtica libertad, una responsabilidad mayor, ni una independencia personal y colectiva, porque son menores, inmaduros, y, en definitiva, inferiores.»

«(para el indígena y campesino) el acceso a él (al padrino y señor) ya no será tanto por la vía de las relaciones de trabajo, sino por la vía paternalista, por la que tratará de obtener ciertas ventajas de mejor trato, accediendo por el camino sentimental y emotivo. Pero, por otro lado, ese religamiento religioso con el encomendero (y, para el caso, con el hacendado) va a inhibir toda actitud de reivindicación y de exigencia —no digamos nada de sublevación— frente a los abusos del padrino, sus atropellos y explotación, pues se trata de una persona que es su pariente espiritual, que es superior a él ante Dios, y a quien se le debe respeto, obediencia, apoyo y sumisión.»

«Se ha creado, pues, pretendiéndolo o no, una estructura, o superestructura, de dominación, que asegure el mantenimiento de la situación de explotación. No es que la religión conduzca a eso. Pero la religión, en esas condiciones sociales objetivas, coadyuva a la implantación de un sistema de explotación, aunque su intención pudiera ser ajena a ello. Una vez creada la estructura y el sistema, las fuerzas sociales dominantes se encargarán de que subsista y se perpetúe...» (Montes, 1979: 100.)

La resignación y el fatalismo del campesinado se explica, entre otras causas, por esa dependencia y sometimiento de la clase inferior hacia la clase superior, sancionada religiosamente por la característica de los vínculos del compadrazgo. No me puedo extralimitar hasta el punto de decir que el compadrazgo haya sido la causa de la resignación del campesinado, y que haya impedido o que haya hecho abortar los movimientos de lucha. Pero tampoco puedo dejar de lado los testimonios que indican el influjo que tuvieron los lazos del compadrazgo en una confrontación armada y clasista como la ocurrida en El Salvador en enero de 1932, en la que los indígenas y campesinos previnieron y defendieron a muchos ladinos que eran padrinos o compadres, y en mucho menor grado también, a la hora de las ejecuciones, de los ladinos triunfadores para con sus ahijados o compadres indígenas y campesinos (Montes, 1979: 177-200).

El reforzamiento ideológico y social del compadrazgo, así como el de una religión tradicional y fatalista, aumentan el conservadurismo y la pasividad típicas del campesino y hacen que se aferren al campo y a esa existencia precaria, y que aunque perciban las condiciones materiales de la marginación y de la opresión, y sean sus víctimas, no tomen conciencia de esa realidad y de que deben luchar por cambiarla. Necesitarán que se les derrumben ciertas barreras ideológicas

y que agentes externos a esa realidad les ayuden a tomar dicha conciencia.

4. EL DESPERTAR DEL CAMPESINADO

No es que el campesinado haya estado siempre dormido. Las sucesivas rebeliones y levantamientos durante la Colonia son prueba de lo contrario. Apenas estrenada la Independencia (1832-33), el «indio Aquino» se levanta con los trabajadores del añil, hartos de la explotación económica a que están sometidos en su trabajo y de las constantes levadas de que son víctimas para los ejércitos nacionales y centroamericanos, toma varias ciudades y pone en jaque al gobierno, hasta que es aniquilado y muerto. La reforma agraria liberal de finales del siglo pasado suscitó múltiples levantamientos campesinos y venganzas, sobre todo hacia los jueces ejecutores. El último suceso importante en este sentido es el levantamiento indígena y campesino de enero de 1932, que mantuvo durante tres días el control de varias poblaciones importantes de occidente, y que, de haber estado acompañado del planificado levantamiento en todo el país, hubiera implantado un gobierno popular en El Salvador, pero que al producirse aisladamente fue reprimido violentamente y costó unas 30.000 víctimas en el pueblo y la práctica desaparición de la etnia indígena como cultura.

Sin embargo, fuera de esos esporádicos y explosivos conflictos, se puede sostener que el campesinado se ha mantenido resignado en la situación de miseria en que le ha relegado la sociedad y el sistema.

Los primeros grupos y movimientos revolucionarios del momento político presente comenzaron a organizarse y a actuar con la década de los 70, pero su configuración y extracción eran más bien de clase pequeño-burguesa e intelectual. Aunque pronto buscaron apoyo en el campesinado, su arrastre fue escaso (Campos; López). El partido comunista salvadoreño, que había tenido mucho que ver con el conflicto social de 1932, tenía escasas bases en el campo. Por último, los partidos políticos, y especialmente el oficial PCN y el Demócrata Cristiano, prácticamente eran partidos electoreros que limitaban su trabajo a las campañas previas; sólo un movimiento del aparato estatal, ORDEN, tenía una gran penetración en el campesinado, por medio de los que habían prestado servicio militar y que permanecían en la reserva, convirtiéndose en los miembros natos de las patrullas militares y civiles cantonales y ejerciendo estricto control social y político en el campo, a la vez que disfrutaban de ciertas prebendas y privilegios.

Por su parte, la religión conservaba las pautas tradicionales, tanto de fatalismo ideológico como de ritualismo externo, en base a sacramentos, culto a los santos y procesiones. Pero la nueva orientación

teológica y pastoral de la Iglesia católica, propiciada por el Concilio Vaticano II y por la Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Medellín, iba a inyectar una dinámica importante en el campesinado, donde la Iglesia católica, inmensamente mayoritaria, tenía una autoridad indiscutible, ideológica, social y disciplinaria.

La teología de la liberación, y la nueva pastoral, van a ir penetrando en el campo. Por un lado, se le derrumban al campesino las barreras ideológicas fatalistas, al interpretar la Biblia de destinto modo, y al descubrir que su situación no es algo hecho por Dios, sino que es el resultado de un pecado estructural de una sociedad injusta, mientras que la voluntad de Dios es de justicia, igualdad, fraternidad y de construcción de un mundo digno por medio del trabajo humano material y social. Por otro lado, se comienzan a organizar comunidades cristianas de base, con participación y responsabilidad de los laicos; se seleccionan los líderes naturales de la comunidad, propuestos por ella, y se los forma para que sean «predicadores y delegados de la palabra» en su comunidad. Esto será un paso decisivo en el despertar de la conciencia del campesino y en la organización, todavía a nivel puramente religioso (Paredes; Sobrino).

Pero ese simple paso es clave en todo el proceso posterior. Vendrán detrás las organizaciones sociales y políticas, los líderes externos, y se encontrarán un pueblo fértil, en el que ya no priva una ideología fatalista, sino una mentalidad abierta, y que no encuentra en la religión la operativización de esa liberación y de esa lucha contra la injusticia en la reconstrucción de un mundo nuevo. La religión ha abierto sus mentes y ha derrumbado las barreras, e incluso ha suscitado los líderes de la comunidad y les ha delegado autoridad. Pero la religión no dispone de mecanismos operativos para la construcción del Reino; el componente social y político vendrá a llenar ese vacío.

El primer paso será la organización social, las Organizaciones Populares, que tienen su mayor arraigo y seguidores en las zonas en las que la nueva teología y pastoral han florecido, y sus líderes serán, en gran número, los «predicadores y delegados de la palabra». Comenzarán el trabajo por la concientización masiva, y por pequeñas luchas reivindicativas que, a la vez que le dan consistencia, si tienen éxito resultan una prueba de la teoría y de la praxis y consiguen un rápido apoyo y crecimiento (Montes, 1980: 220-266). Todavía se mantienen a un nivel puramente social y reivindicativo, con lucha pacífica: huelgas, manifestaciones, pequeñas tomas, etc.

Estos primeros triunfos de la Organización, que robustecen y exaltan su papel entre el campesinado, por otro lado rompen el «equilibrio» del sistema y atentan contra la estabilidad del mismo y contra los privilegios dominantes, a la vez que representan un signo del peligro que se puede generar para la «tranquilidad» de la clase domi-

nante. Hay que recordar que el sindicalismo en el campo no se permite, y esas luchas reivindicativas se califican de ilegales, mientras que a las organizaciones se las declara «subversivas». Por consiguiente, deben ser reprimidas drásticamente. Se inicia la lucha ideológica, la persecución a las ideas y a sus patrocinadores —entre ellos a la Iglesia «comunista y propiciadora de la violencia»—; al tiempo que se endurece la represión armada y se practican operativos militares, y se consolida y fortalece a ORDEN —ya bien penetrado hasta los más recónditos lugares del campo— como medio de espionaje, de coacción social y, si es preciso, de violencia física. Simultáneamente se tilda de «peligrosos» o de «comunistas» a los pertenecientes a la organización, y se les niega trabajo en las plantaciones, dificultándoles así la subsistencia y agudizando la angustia de alimentar a su familia aunque sea precariamente.

El campesino no tiene más remedio que ceder ante la presión, o seguir la lucha, pero ya a niveles superiores y más radicales. Se buscan alianzas con otras clases sociales, especialmente de la ciudad, y para resistir la represión y defender las pocas conquistas logradas, se articula orgánicamente el movimiento campesino con los grupos político-militares. Las mismas circunstancias concretas, y la represión del sistema obligan a que un movimiento que era puramente reivindicativo y gremial se convierta en revolucionario y armado (Campos; Montes, 1980).

Sin embargo, el comportamiento y la opción socio-política del campesinado, ni es uniforme, ni responde únicamente a las condiciones materiales y objetivas que padece. Considerando el aspecto económico, los medianos y grandes propietarios optan preferentemente por ORDEN, mientras los pequeños y los semiproletarios lo hacen por la Organización Popular; en cambio, los proletarios rurales casi indistintamente optan por ambas afiliaciones, o se mantienen al margen, dependiendo de variables ajenas a lo económico. Considerando el punto de vista social, los vinculados por compadrazgo y por fidelidades de tipo no capitalista (colonato, etc.) están muy ligados a sus señores y a la ideología que éstos sustentan, viéndose comprometidos a defender los intereses de éstos —algo similar ocurre con los beneficiarios de proyectos gubernamentales—, y los que no sienten esos lazos, al menos tan fuertes, son más libres para una toma de conciencia y una defensa consecuente de sus intereses; por otro lado, en la aldea, donde priva un orden social basado en los linajes y en el control de la tierra y el agua por alguna familia, el ser «predicador de la palabra» o miembro de una organización deriva de allí un poder que puede enfrentarse a los señores tradicionales, y eso puede motivar el enrolarse. Considerado el aspecto religioso, los seguidores de confesiones protestantes

mayoritariamente militan en ORDEN o se abstienen de toda participación política, lo que es lo mismo que apoyar pasivamente al sistema; mientras que los católicos, sobre todo en parroquias en las que la pastoral ha seguido el nuevo rumbo, optan preferentemente por la Organización —no tanto los de parroquias tradicionales, aunque el ejemplo y la predicación de Mons. Romero han calado hondo incluso ahí—. Por último, los que han prestado servicio militar y permanecen en la reserva, o en las patrullas cantonales, suelen estar articulados con ORDEN y con el gobierno (Montes, 1980: 220-336).

5. CONCLUSIÓN

El breve planteamiento y exposición anteriores pueden ayudarnos a adquirir una idea de la situación del campesinado salvadoreño. Lamentablemente, en un artículo de estas características no hay posibilidad de profundizar mucho, y se puede tener una impresión de superficialidad, o de visión descriptiva. Pero cada uno de los puntos ofrecidos tiene una seria fundamentación empírica y teórica, principalmente en las obras que se citan en la bibliografía y en las notas que iban sustentando las principales afirmaciones.

Hemos podido apreciar que la coyuntura actual del país y la implicación del campesinado en el conflicto, no son flores espontáneas de la flora tropical, sino que responden a todo un proceso en el que las clases inferiores —para el caso salvadoreño, en el que el campo es decisivo, el campesinado— han sido expoliadas, explotadas y oprimidas secularmente, hasta llegar a unos extremos inexplicables para cualquier mentalidad sana o humanitaria, no digamos cristiana.

Con todo, la percepción de su propia realidad, por el campesino, no es suficiente como para romper las barreras ideológicas con las que se le ha alienado también secularmente. Es curioso que la misma religión, que ha contribuido en gran parte a esa alienación del campesino, sea la que se ha convertido y la que se empeña ahora, y a costa de muchos mártires, en derribar las barreras ideológicas que impiden la liberación del campesinado por sus propios medios de organización y de lucha.

Desatado el proceso, es indetenible. La organización da excusa para una mayor represión, lo que, a su vez, origina una radicalización y una defensa activa de las bases, hasta que se llega a la revolución abierta, en la que una de las partes tiene que vencer a la otra: o triunfa la revolución y se instaura una sociedad distinta, o se reprime violentamente al pueblo y se implanta el régimen de terror y exterminio, en mayor grado aún que en 1932.

BIBLIOGRAFIA

- CAMPOS, Tomás R.: El papel de las Organizaciones Populares en la actual situación del país. *Revista ECA (Estudios Centroamericanos)*. Sal Salvador. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Núms. 372/373, año XXXIV, octubre-noviembre 1979, pp. 923-946.
- CASIN, Isabel: *La Hacienda Colonial*. San Salvador. Dirección de Publicaciones, 1972.
- LÓPEZ VALLECILLOS, Italo: Fuerzas Sociales y Cambio Social en El Salvador. *Revista ECA*. Núms. 369/370, año XXXIV, julio-agosto 1979, pp. 557-590.
- Idem, y ORELLANA, Víctor Antonio: La unidad popular y el surgimiento del Frente Democrático Revolucionario. *Ibidem*. Núms. 377/378, año XXXV, marzo-abril 1980, pp. 183-206.
- MONTES, Segundo: *El Compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador. UCA/Editores, 1979.
- Idem: *Estudio sobre estratificación social en El Salvador*. San Salvador. Publicaciones del Departamento de Sociología y Ciencias Políticas. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1979a.
- Idem: *El agro salvadoreño (1973-1980)*. *Ibidem*, 1980.
- PAREDES, Iván D.: La situación de la Iglesia Católica en El Salvador y su influjo social. *Revista ECA*. Núms. 369/370, año XXXIV, julio-agosto 1979, pp. 601-614.
- SOBRINO, Jon: La Iglesia en el actual proceso del país. *Ibidem*. Núms. 372/373, año XXXIV, octubre-noviembre 1979, pp. 905-922.
- Idem: Monseñor Romero: Mártir de la liberación. Análisis teológico de su figura y de su obra. *Ibidem*. Núms. 377/378, año XXXV, marzo-abril 1980, pp. 253-276.